

La radio:
perspectivas de pasado,
presente y futuro

La radio: perspectivas de pasado, presente y futuro
© Guillermo Federico Vegas Pacanins
© Universidad Monteávila

Universidad Monteávila
RIF J-30647247-9
Final Avda. El Buen Pastor, Urb. Boleíta Norte,
Caracas, Venezuela
Teléfonos: (0212) 232-52-55 / 232-71-70
Fax (0212) 232-56-23
www.uma.edu.ve

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal lf
ISBN

Impreso en Venezuela - *Printed in Venezuela*

La radio: perspectivas de pasado, presente y futuro

Guillermo Federico Vegas Pacanins

Lección inaugural
de la Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información
2012



Universidad
Monteávila

RIF: J-30647247-9

PRÓLOGO

Oportuna y muy sugerente la lección de [Guillermo] *Federico* [Vegas] *Pacanins* sobre ese “importantísimo medio de comunicación contemporáneo, fundado en la difusión masiva del habla y sus complementos”, que llamamos la radio. Tuvo el acierto, además, de presentar su tema con una perspectiva de pasado, presente y futuro, esencial para hacerse cargo de su real alcance.

Para quienes crecimos cuando la radio reinaba sola, porque la televisión no se había difundido aún, el recuerdo de los días gloriosos de la radiodifusión trae consigo un toque nostálgico. *Bachiller y Bartolo*, *La bodega de la esquina*, *Tamacún -el vengador errante-*, son títulos que sin duda marcaron a una generación. Mencionarlos es como mostrar la partida de nacimiento y dejar constancia de que se está situado entre los cuarenta y los cincuenta del siglo pasado. No digamos la evocación de Pancho Pepe Croquer o aquellas canciones del ruiseñor de América, don Pedro Vargas.

El toque de nostalgia, sin embargo, apunta no tanto a una (supuesta) edad de oro perdida (toda infancia, todo comienzo lo es de algún modo), sino a una característica del medio que aún constituye su fuerza y la garantía de su pervivencia: la radio, que nos trae el habla, la canción, la música, desde luego la noticia y

su comentario, nos llega siempre por el oído. Tiene la calidez y la cercanía de lo que se nos dice y por eso se hace amigable o nos sacude, como no podrían hacerlo las imágenes visuales. Pacanins, veterano en el medio, invoca a Mac Luhan: el radioyente activa su imaginación. No asiste a un espectáculo; participa en su producción. Podría añadirse que ese carácter se ha reforzado ahora con la programación interactiva –el oyente entra en la conversación– y el envío de mensajes o de twits.

En los tiempos que corren, cuando justamente el tránsito en las grandes ciudades no corre, la radio ha recobrado, podríamos decir, un espacio privilegiado en la atención y el uso de la gente. Por la radio nos enteramos quizá de lo que dice la prensa, con el comentario añadido del locutor experto. Por la radio oímos los nuevos sonos –Taylor Swift– o revisitamos esos clásicos lugares de la memoria como las canciones de la incomparable Celia Cruz, que acompañaron tantas horas de nuestra juventud al aprender a teclear en la máquina de escribir. Por la radio sabemos de Juan Luis Guerra y 4:40. Pero también, y de una manera muy especial puesto que nos acerca ámbitos que no solemos tener tan a la mano, nos llega la entrevista literaria, la discusión sobre un tema de historia contemporánea, incluso una charla de filosofía.

Anticipa Pacanins el desarrollo de la radio por Internet, que borrará las fronteras entre emisoras AM y FM,

acaso significativas –hoy en nuestro país– de divisiones mayores en la sociedad. Léanse con atención sus agudos comentarios al respecto, que no dejarán de dar mucho que pensar sobre lo hecho –o sobre lo omitido– en la construcción de nuestra vida. Pero, decía, anticipa esos desarrollos cuando no solo podremos alcanzar una sana globalización en los programas sino donde se abre un interesante espacio para una joven radio universitaria. Es, dirá, no solo cosa de legislación, sino “asunto de realidad tecnológica, educativa, universitaria y, en cierto modo, ensoñadora”.

Esa invitación a soñar debería encontrar eco en los lectores del estupendo texto de esta lección inaugural. ¿Qué sería de la formación, en particular en el área de la comunicación social, sin la capacidad de soñar?

Soñar con la posibilidad, tantas veces realizada hoy por gente muy joven, de alcanzar grandes audiencias con el mensaje propio, la propia música, el estilo propio. En verdad, los medios están a la mano: “Una cabina de transmisión adecuada, la pertinente conexión a través de Internet, y el respeto a la ética y estética del medio de comunicación, fueron y continúan siendo los fundamentos básicos de cualquier señal radiofónica internauta de aceptable calidad”.

Exhorta entonces el profesor Pacanins: “una buena y significativa señal universitaria comporta pasión,

disciplina, cultura, estudio y ética". Su disertación toma así la forma interna de un programa, válido me atrevería a decir para múltiples cohortes de estudiantes. Con la recordación del pasado, el examen del presente y la anticipación de lo porvenir, se vislumbran posibilidades inéditas y se recibe un cordial estímulo para construirlas.

Debemos por ello agradecer doblemente esta lección magistral de un maestro apasionado de la docencia... y de la difusión radial. Ha sabido entretenernos e instruirnos, al tiempo que nos convoca a diseñar un futuro mejor.

Rafael Tomás Caldera

LIMINAR

El presente trabajo ofrece, bajo forma de Lección inaugural, una libre reflexión producto del ejercicio docente de la materia *Teoría y práctica de la radio*, que por cinco años he tenido la oportunidad de impartir en la Universidad Monteávila.

Combinar la práctica profesional de tres décadas en la locución y producción radiofónica, con el estudio requerido por el acucioso programa universitario de la materia, fue el motor impulsor de las ideas que aquí se entrelazan, acaso con un útil tono introductorio a un medio de vital interés para cualquier interesado en la comunicación social.

Llegue mi agradecimiento al rector y a la decana de la facultad de Facultad de Ciencias de la Comunicación e información de la Universidad, sin cuyo apoyo personal e institucional esta lección hoy no formaría parte de la colección de publicaciones UMA y, en consecuencia, no tendría la posibilidad de someterse al escrutinio de docentes, comunicadores interesados y, especialmente, de los estudiantes actuales y futuros. Para ellos, por cierto, mi más encarecida dedicatoria.

Guillermo F. Vegas Pacanins

**Lección inaugural de la Facultad de Ciencias
de la Comunicación e Información.**

Auditorio Principal UMA,
Caracas, 6 de diciembre de 2012

Honorables decana y Directora de la Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información; amigos profesores, distinguidos compañeros del personal administrativo, apreciados estudiantes.

Quiero agradecer la alta deferencia que significa impartir esta lección inaugural de nuestra facultad. No es menuda cosa para la Universidad, ni para quienes tenemos a cargo la labor docente, dar formal continuidad a nuestra misión mediante el comienzo de un año académico. Mucha de nuestra labor apunta a dar sentido y contenido a la vital presencia de estudiantes, personal administrativo y docente con la mira puesta en favorecer un desarrollo intelectual y ético que, de modo muy particular, queda demarcado con años académicos que comienzan en septiembre y terminan en julio. Esos puntos de comienzo y conclusión, ciertamente deben estar signados por algún grado de formalidad: el final del año, bien sabemos, queda oficializado por una entrega de notas que deja saber el ascenso a una nueva etapa; el comienzo, pues viene demarcado por un inicio de clases impuesto de horarios y materias, que en nuestra universidad siempre va acompañado del acto formal de una Lección inaugural, de

tono académico, a cargo de un ponente que, a su modo, dé rango y exposición lúcida a algún tema de arraigado interés universitario. No en vano el diccionario de la Real Academia de nuestro idioma define una lección inaugural cual: “una exposición solemne de un tema hecha por un catedrático el día de la apertura del curso”.

Hagamos la salvedad de que esta exposición tiene el carácter de inaugural, aunque no esté ofrecida el preciso día de apertura del año académico; además, con toda seguridad mi discurso no tendrá un grado de extrema solemnidad, jamás deseado por quien mucho admira una vieja lección recibida en mis días de estudiante:

–Joven, –dijo el profesor–, olvídense de solemnidades. Sólo cuatro cosas debe usted hacer cuando hable en público: hágalo parado para que todo el mundo lo vea, firme para que lo escuchen, sencillo para que lo entiendan, y corto para que a la gente le guste.

Hasta aquí los prolegómenos, agradecimientos y salvedades, vamos ahora firme, sencillo, corto y, por supuesto, parado, sí, pero sobre el tema que hoy nos convoca: “La radio: perspectivas de pasado, presente y futuro”.

Hace cinco años tuve el gusto de dar una lección inaugural de nuestra cátedra, con una frase que hoy puede servir de pistón de arranque: “La radio es la voz del tiempo que habla”. Así tomábamos como punto de partida el recuerdo del locutor que hace ya décadas transmitía ese poético concepto, apoyado por una música melosa de violines y arabescos, que de algún modo armonizaba con el silencio de la noche tardía, cuando uno adormitado confundía la audición con el sueño, para así darle oportunidad al pensamiento propio: ¿la radio será la voz del tiempo que nos habla al pasar por el aparato receptor?, ¿no será más bien el proceso técnico que reproduce para nuestros oídos agradables sonidos?, ¿o es cosa de la voz del canto, cargada en sí misma con la sabrosa evocación de momentos ligados al baile, la pareja, la canción aquella?... ¿Se tratará, quizás, de la voz del tiempo de la información recibida con sobresalto en un avance noticioso?, ¿o de la declaración de un político explosivo en una seria entrevista? ¿O acaso sea hoy un medio de primacía de las voces de un par de simpáticas locutoras, exponiendo sus divertidas inteligencias mediante el artificio radiofónico?

La voz del tiempo que habla, idea poética, sí, pero muy ligada a la realidad de un medio de comunicación importante, internacional, presente desde hace ya casi un siglo. Porque sus cien años de existencia parecen partir de los comienzos de los años veinte del siglo pasado, tiempo en que los cruciales experimentos de los científicos dedicados a refinar la codificación de las ondas radioeléctricas –Maxwell, Ohm, Herz, entre otros– consiguieron al fin un adecuado hombre de producción, genio y mercadeo: el ingeniero italiano Guillermo Marconi, quien patentó el invento que otros venían desarrollando desde finales del siglo XIX y, sobre todo, dedicó esfuerzos importantes para que el mundo se convenciera de cómo aquel aparataje de micrófono, transmisor, antena y receptor no era un juguete, sino un importantísimo medio de comunicación contemporáneo fundado en la difusión masiva del habla y sus complementos.

¿Sería premonitoria para aquella radiofonía primigenia la bíblica cita de *Al principio fue el verbo*¹? La palabra del aliento inicial, para el cristiano creyente ciertamente religa la voluntad creadora de Dios con el hecho humano; y así como para la religión el verbo fue comienzo, para la radio también lo fue. Por ello bien se recuenta cómo un precursor radiofónico, Reginald Aubrey Fessenden, dio con su voz vida a una señal de prueba sometida a la consideración de los habitantes de

1 “En el principio era el Verbo (la Palabra), y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios”, *Jn* 1,1.

Brant Rock y Boston, Massachussets, en la nochebuena la víspera de la navidad de 1906. Fedessenden leyó entonces un trozo del evangelio de San Lucas, cantó el villancico *O Holy night* y, de paso, dio oportunidad al sonido de su violín, más por el afán de demostrar la capacidad del aparato transmisor-alternador que había creado, que por su destreza como ejecutante.

Palabras y música, pues, ya desde aquellos comienzos marcaron la esencial materia prima a transmitir por el novel medio de comunicación. Nació así un nuevo espectáculo de transmisión del habla y del canto –hay quienes, además, entienden el canto como habla musicalizada–, complementados por los sonidos de ruidos controlados cual efectos complementarios. Se abrió la posibilidad de dar los contenidos más diversos a los cantos y a los discursos. Hubo así turno para las lecturas de textos escritos con forma de discurso íntimo dirigido a convencer al oyente, o para la especulación informal mediante soliloquios o coloquios. Hubo, de la misma manera, oportunidad para poemas, canciones populares o académicas, para música instrumental de todo tipo.

Sin lugar a dudas, la transmisión por ondas radioeléctricas se convirtió en el difusor más importante de la música del siglo XX. Pero simultáneamente se constituyó en favorecedor medio comunicador de ciencias, cultura y arte. El nuevo invento dio plataforma y nueva vida al arte dramático, prestando cualidad auditiva a

estructuras heredadas del teatro o de las artes escénicas. Radionovelas, dramatizaciones históricas, comedias, espectáculos musicales, tomaron cuerpo de programación del medio radiodifusor que, además, ofreció desde sus comienzos una principal fuente de información masiva del mundo deportivo, de la publicidad y mercadeo de todo producto imaginable –en especial los discos y sus derivados–, de las informaciones nacionales o internacionales, de los eventos culturales, en el sentido más laxo y generoso del término.

Cuánto significó el nacimiento de la radio para las generaciones de ciudadanos de comienzos del siglo XX, es tema de sesudos estudios, ingeniosos ensayos y hasta de obras de arte; una de ellas, nos llega por obra de la voz poética del venezolano Joaquín Gabaldón Márquez, quien, a propósito de la instalación de las torres de transmisión de la precursora emisora AYRE en la Caracas de 1926, es citado por otro ilustre poeta, Aquiles Nazon, en su *Pequeña historia de la radio*:

De aquellos años heroicos de la radiodifusión, del conmovedor entusiasmo porvenirista con que nuestra ciudad acogió el advenimiento de la nueva invención, nos queda el testimonio de un poeta entonces joven que cantó con su voz vanguardista de veinte años el "Poema de las Torres del Radio":

*Hoy ha subido hasta mi verso,
amargado de músicas antiguas,*

*la alegría del poema
de las torres del radio.*

*La brisa de Marconi,
que sacude los follajes de la selva y el mar,*

*marcha, cargada de rocío con el vino de mi poema,
que es un vino color de sangre.*

*Recoge los signos de las llanuras del hielo,
la voz de los pájaros de las islas volcánicas,
la égloga de las colinas,
la oda de los Himalayas.
Y canta bajo las estrellas cosmopolitas
su inmenso canto de púrpura.*

*Los hombres se alzan para escuchar el canto,
prolongados sobre sí mismos,
tienen la actitud de las torres
que avizoran el mundo
con su pupilas de marfil o sus pupilas de cristal.*

*Y todo mientras las torres de los poetas,
las torres del radio,
alzadas en la luz del alba,
con su cabellera de alambre tendida a las espaldas,
oyen, con sus oídos eléctricos,
el numeroso rumor,
la multitud de las voces fraternales de todos los climas,
¡el ritmo de la joven alegría del mundo!*

*Oyen,
y cantan con su lengua millonaria,
para ceñir el oscuro planeta
-nuevo Saturno-
con el anillo del poema futuro.*

Otra referencia interesante en cuanto al significado para la colectividad de los años iniciales e intermedios de la señal radiofónica, obra en una película que ha sido objeto de apreciación en nuestras clases: "Días de radio" (*Radio days*, MGM, 1987), film de Woody Allen que presenta una suerte de evocación norteamericana de los años cuarenta, época dorada de transmisiones que no tenían la competencia de la televisión, y que combinaban las ideas de educación ("cultura-culta") e información, con un popular pero refinado entretenimiento.

La fuerza del ensueño individual procurado día a día por la audición de un receptor, da tono de evocación mágica a la pieza cinematográfica de Allen. Tal es el calibre de cierta cualidad cuasi-milagrosa plasmada en la película, que de algún modo nos hace entender la actividad de comunicación a distancia, cual una mágicamente electrónica que hasta justificó la instauración de Santa Clara de Asís como patrona si no de la radio, al menos de la televisión. De esta Santa Clara, nacida en el siglo XII, fundadora de la Orden de la Clarisas, de cierto cuenta el escritor argentino Adolfo Bioy Casares que: "ya próxima a la muerte, en su lecho de enferma

oyó la misa de nochebuena que a pocas leguas del lugar celebraban en una capilla. Por este milagro la admitieron en el Santoral y después la nombraron patrona universal de la televisión”.

Patrona de la televisión resultó esta Santa Clara, aunque bien pudo ajustar con su hecho milagroso de oír misa a distancia, el patronazgo de aquella radio de los años treinta y cuarenta, que por cierto también transmitía misas y bien podía sorprender con fenómenos radioeléctricos cargados de verdadera magia tropical, según y cómo cuenta en su libro de memorias Alfredo Cortina, pionero del medio en nuestro país:

“Hubo un caso muy curioso que se debió a esos fenómenos propios de la electrónica. Una bomba de gasolina en Guarenas tenía un techo y un canal de zinc para recoger las aguas de lluvia. La canal terminaba en un canalón de bajada, adosado a la pared y éste sobre en un barril. Por ese canalón de bajada se oían con toda claridad las transmisiones de Broadcasting Caracas -años treinta- y muchas personas que vivían cerca de la bomba iban a escucharlas (...) El ingeniero Alberto López, ingeniero jefe de la emisora, visitó la bomba y comprobó el fenómeno (...) él explicó que la onda portadora se amplificaba en el techo de zinc, porque seguramente vibraba en la misma frecuencia, el canalón y la canal servían de diodo y el tubo de latón hacía las

veces de amplificador. Esto motivó a muchas personas, que ensayaron en sus casas y hasta modificaron el sistema de desagüe, pero sólo aquella bomba tenía el privilegio de convertirse en un radio-receptor para la frecuencia de 960 kilociclos de la Broadcasting Caracas (...)"

Bien por vía de fenómeno de la naturaleza, o por milagro con o sin Santa Clara de por medio, podemos afirmar que mediante esa extraña y sorpresiva señal radioeléctrica de comienzos del siglo XX, resonó con señal abierta para todos, la cultura y el entretenimiento universal, conceptos clave dentro de una era -años treinta, cuarenta y cincuenta- donde el medio radiofónico no solo sorprendió sino que hizo nacer y desarrollarse audiencias masivas, entregadas a su mensaje mediante emisoras públicas y privadas establecidas en todas partes del mundo. En los Estados Unidos se fundaron NBC, CBS, acompañadas de las precursoras emisoras de 8MK (hoy día WWJ) de Detroit, y KDKA Pittsburg; en Europa fue el momento inicial de Radio Francia, de la BBC de Londres, de un millar de señales en diversas lenguas en Asia, África, Oceanía... También Latinoamérica portó la onda con emisoras importantes en México, Argentina, Colombia y, por supuesto, en Venezuela con señales en Caracas: 1BC o Radio Caracas, Radio Continente, Radio Cultura, Ondas Populares, Radiodifusora Venezuela, Radio Nacional de Venezuela. Además, el interior de la república vio surgir la onda comunicadora mediante

emisoras fundadas en San Cristóbal, Maracaibo, Maracay, Valencia y, cabe afirmarlo, en todas las ciudades con proyección urbana del país.

Hoy día es bastante conocida la romántica experiencia del nacimiento de la precursora señal de AYRE, en la Caracas gomecista de 1926. Un par de enormes antenas ubicadas donde está el Nuevo Circo de Caracas, y aparatos receptores de alto costo dispuestos en las casas de familia de un alto poder adquisitivo, procuraban transmisiones de música, discursos, información, publicidad, noticias, deportes, programas de variedades, dramas y comedias de entretenimiento. Problemas políticos dieron fin a la experiencia de AYRE en 1928, pero sembraron el gusto por la audición y comprobaron cómo esas categorías de programación no solamente fundamentaban todas las transmisiones primigenias, sino que todavía hoy día constituyen el sustrato mismo del medio radiofónico que sedujo la imaginación de cada individuo no solo por su mágico y milagroso poder comunicacional, sino por su particular gracia de convertirse en divertida costumbre casera; repito: música, discursos, información, publicidad, noticias, deportes, programas de variedades, dramas y comedias de entretenimiento llevados al confort de la casa.

La época de oro de la radio, esa que va desde los años treinta hasta los años cincuenta del siglo pasado, está demarcada por al menos dos circunstancias

centrales: La novedad –cuasi-milagrosa, ya se dijo– que significaba utilizar la audición como medio informativo de educación y entretenimiento, por una parte, y por la otra la absoluta universalidad del acceso al medio de comunicación. En otras palabras: se comunica mediante un aparato de libre señal que tan solo requiere de orejas que funcionen bien, listas a conectar lo que se transmite con la imaginación y el intelecto del dueño o dueña de las orejas. Cosa de poseer el aparato radio receptor, enchufarlo, prenderlo, sintonizar y ya. No se le pide al oyente que sepa ni leer, ni escribir. A los efectos de la audición vale igual el bachiller, el doctor, el ama de casa o el campesino iletrado. El receptor transmite para todos sin distingos especiales y ese logro, en la historia comunicación social, no fue menuda cosa.

Antes del advenimiento de la radio la sola idea de información seria, requería de una persona que supiera leer y escribir. Algo impreso, escrito, contenía la información de importancia; lo otro eran chismes de poca o mucha monta, pero chismes al fin. Un periódico, una revista, un libro, el cine mismo –mudo hasta el año 1927– exigía de un público adiestrado para la lectura. La llegada de la radio hizo que las personas analfabetas pudieran acceder a la información, a la música, al entretenimiento refinado sin tener que aprender nada previo a la audición. Una buenas orejas aptas para escuchar con atención y una inteligencia

capaz de discernir los contenidos radiofónicos eran los requisitos: más nada.

Verdadera revolución comunicacional fue esta de la primera época de la radio. Un medio capaz de informar, entretener y educar al mismo tiempo, sin requerir oyentes con nivel de alfabetización alguna. Por ello no es de extrañar su inmensa popularidad en aquellos años iniciales, cuando la televisión todavía no había hecho su aparición –fue a partir de comienzos de los años cincuenta cuando cobró real importancia comunicativa–, y la radio competía con franca ventaja sobre los medios impresos y hasta con un cine ya parlante, que si bien ofrecía noticieros y entretenimiento de calibre, era de producción costosa y periodicidad semanal.

Lo cierto es que audición radiofónica se hizo costumbre muy popular. El costo del receptor radiofónico, como primer paso, se puso al alcance de todos. La onda de emisiones y de emisoras tomó dimensiones fenomenales. Por más de veinte años a partir de los años treinta, el medio tuvo su época de oro. Hasta la década de los cincuenta del siglo XX la programación radiofónica fue la estrella del entretenimiento familiar: una radionovela, el noticiero, la comedia de la noche, el programa educativo o el show musical daban tono, información y participaban en el bagaje cultural mismo de cada persona de la audiencia. Las empresas radiofónicas privadas, de su parte, consiguieron un impecable ciclo de financiamiento y ganancias mediante la

publicidad de cuanto producto, bueno o malo, quisiera obtener una proyección masiva de ventas. La audición del medio de comunicación cobró tal calibre que, años después, Marshall MacLuhan, gurú teórico de las comunicaciones, sentenció “El medio es el mensaje”, acaso advirtiendo el poder narcótico que tenía y tiene la costumbre de encender un aparato radioeléctrico para que nos dé más que compañía o entretenimiento, vida misma.

Medio y mensaje confundidos marcaron una era donde comunicaciones inmediatas, convincentes, de simultaneidad vertiginosa, también preludiaron el particular y muy contemporáneo concepto de globalización tan en boga en la actualidad. Se atestiguaba por vez primera mediante la audición, el momento mismo en que la noticia o el concierto tenían lugar. La transmisión radiofónica fluía con un costo de operación razonable y enormes audiencias cautivas. Pero además, a partir de los años cincuenta del siglo pasado, la simultaneidad del evento transmitido no solamente significó escucharlo e imaginarlo, sino que también se pudo observar con ojos propios. Y eso, bien sabemos, no fue un menudo avance. La radio tembló frente a la llegada de la televisión porque lo que se oía en los receptores habituales, ahora también podía verse con otros receptores llamados televisores.

La transformación de radioyentes en televidentes hizo pensar en la desaparición del medio auditivo:

¿para qué solamente escuchar lo que también se puede ver? La respuesta no se hizo esperar. “Medios fríos y medios calientes” fue un concepto aclaratorio a cargo, nuevamente, del gurú Mac Luhan: la televisión, ciertamente, deja ver y oír, pero no mueve las neuronas participativas con la misma fuerza que lo hace la radio. El televidente es pasivo, el radioyente tan activo como sea su imaginación frente a lo que escucha; por ello, hay espacio para ambos medios. Además, el natural acompañante del trabajo, del estudio, del transporte terrestre es fundamentalmente auditivo. De allí que las décadas del cincuenta y sesenta fueran tiempos de reajuste, ciertamente de migración hacia la televisión de géneros como la radionovela y los shows musicales, pero también época de confirmar particularidades comunicacionales que, en nuestro país, cobraron una tremenda importancia sociológica.

No parece oportuno reflexionar aquí acerca de los abundantes detalles de la historia de la radio venezolana en los últimos cincuenta años. Hemos comprometido un tema de pasado, presente y futuro para esta lección, de allí que debamos al menos demarcar un par de aspectos fundamentales, que acaso adviertan la importancia del medio en nuestro quehacer comunicacional presente o futuro. El primer aspecto a resaltar consiste en lo que ha significado la división del espectro radiofónico en señales de Amplitud Modulada (AM), y de Frecuencia Modulada (FM). En este sentido, siempre conviene señalar la enrevesada regla de limitación que

han confrontado los científicos y técnicos radioeléctricos desde la aparición misma del medio: “A mayor fidelidad de la señal, menor alcance. A mayor alcance de la señal, menor fidelidad de la señal”.

Los amores lejanos jamás son muy fieles que digamos, alguna vez señaló un estudiante con vuelo de imaginación para proponer una metáfora poética que confirme el sentido de entender cual poco fidedigna a la señal de amplitud modulada (AM) que se escucha en todo el país. Son estas transmisiones realizadas mediante antenas estratégicamente distribuidas en puntos clave de la geografía, para procurar señales imperfectas, impuras, con ruidos e interferencias que atentan contra su fidelidad, tal cual sucede con los amores lejanos. Por otra parte, pues cabe la satisfacción de la fidelidad propia de la cercanía en la frecuencia modulada (FM): sistema de transmisión clara, fidedigna, pero siempre constreñida a un área de transmisión que no traspasa ni el límite geográfico de los pueblos, ni mucho menos el de las ciudades.

AM y FM han marcado la tecnología para definir señales de mayor fidelidad o de mayor alcance. O una cosa o la otra, mientras los hombres de ciencia buscaban la panacea de la señal abierta de gran alcance geográfico y precisa fidelidad. Pero algo más ha significado esa división aparentemente tecnológica en nuestro país, y especialmente en Caracas.

A partir de los años ochenta, la señal FM abrió su espectro nacional y aparecieron variadas emisoras que cubrían con toda fruición el temario radiofónico. Una vez más música, discursos, entrevistas, información noticiosa, deportes y entretenimiento tomaron foco en las emisoras de estreno. Y fue así como esa señal FM no solo compitió con la AM, sino que redimensionó de una manera insospechada el tono y alcance sociológico del medio: la FM cobró forma de instrumento cultural para las altas y medias clases sociales, mientras que la AM tomó para sí la cultura propia de las clases sociales más pobres. Así, desde finales del siglo pasado las señales de AM y FM vienen reflejando de modo sincero y preciso dos caras de una sociedad que acaso se encuentra, por muy diversas causas, profundamente dividida. Mejor voy a ejemplos concretos:

Sintonice por un día las emisoras de actualidad de AM y observará signos de importante significación socio-comunicacional: el idioma inglés casi no existe –ni siquiera en la música–; la programación gira en torno a la transmisión deportiva, la lotería, las carreras de caballos y su mundo de apuestas; los discursos evangélicos y la cháchara de política barata acompañan estilos musicales venezolanos folclóricos, salseros, vallenateros, boleros, reagetton; cabe la publicidad de productos populares y también la información con menor o mayor refinamiento –Radio Caracas Radio, por ejemplo–, siempre transmitida con cierto tono popular. Por otra parte, si usted sintoniza emisoras FM

constatará el idioma inglés como habla común en el canto ofrecido; cabe en ellas una oferta de programas de información y entrevistas políticas de tono variopinto, publicidad dirigida a un segmento de alto poder adquisitivo, locutores y animadores que dirigen su discurso a audiencias profesionales y universitarias; estilos musicales que reflejan a un público que se nutre de rock, pop, ska, baladas y, en menor medida, de jazz, música clásica, reagetton y salsa.

AM y FM significan hoy en día dos tonos diferentes dentro de una sociedad que culturalmente, por decir lo menos, está casi radicalmente dividida. Además, una férrea y punitiva legislación de control de estos medios (Ley de Telecomunicaciones, Ley Resorte, CONATEL como órgano fiscalizador de lenguaje, contenidos y emisoras) complementa el particular panorama. Esta realidad radiofónica está al alcance de todos quienes quieran evidenciarla, entenderla y mejorarla; de quienes con su buena educación universitaria propia de los futuros comunicadores, no deseen divorciar sus metas laborales de su país, sino, por el contrario, quieran conocer y refinar nuestra sociedad a través de un medio masivo, que bien puede acoger ideales de ética y de cultura colectiva en busca de un mejor futuro. En este sentido, es apropiado compartir una cita del libro *Una Visión de la universidad*, donde los profesores Fernando Cervigón, Pbro. Rafael María De Balbín y Enrique Pérez Olivares, fundador emérito de la UMA recientemente fallecido, señalan:

Este divorcio entre cultura y educación formal es una de las principales causas de la alienación colectiva e individual que aqueja a la mayor parte de los venezolanos “educados” y que tiene como una de sus más funestas consecuencia la falta de seguridad en sí mismos, el acomplejamiento, el mimetismo consciente o inconsciente, y la falta de su patriotismo en su más noble sentido: son pocos los que están dispuestos a sacrificar su proyección profesional y su nivel socioeconómico en aras de un país subdesarrollado que además no le “comprende”².

Tal vez convenga abundar en el mensaje ético de la anterior cita, y valga así traer a cuento un reciente e ilustrativo ejemplo del comunicador patriota, dispuesto a sacrificar su proyección profesional por respeto al medio de comunicación donde labora –la radio–, y a la audiencia que lo honra al creerle. Mejor vamos a un importante evento de crónica radiofónica mundial cual apropiado prolegómeno del ejemplo que luego se refiere.

Para muchos críticos no hay prueba más contundente del poder de convicción de la radio que de la transmisión de la *Guerra de los dos mundos*, obra de ficción de H. G. Wells, adaptada y dirigida por Orson Welles para el Teatro *Mercury* del aire, de la cadena

2 Pérez Olivares, Enrique; De Balbín, Rafael María; Cervigón Marcos, Fernando. *Una visión de la Universidad*. Universidad Monteávila, 2da edición, 2011, p. 222.

norteamericana *Columbia Broadcasting System* (CBS). Esa transmisión, ocurrida en Nueva York el 30 de octubre de 1938, aún y con una expresa advertencia previa de su cualidad ficticia, trajo consecuencias absolutamente imprevisibles. Una conmoción colectiva fue la respuesta de la audiencia frente a la excelente dramatización de una presunta invasión de seres extraterrestres. Ataques de histeria, nerviosismo y terror en los oyentes hicieron que la opinión pública y hasta la justicia pusiera la credibilidad y ética del responsable del programa radial, Orson Welles, bajo una particular línea de fuego que hoy día, con el paso de las décadas, quizás hasta pueda lucir ridícula o ingenua, a no ser que la comparemos con un evento ocurrido en nuestra Caracas de 1999, que tuvo al eminente comunicador radiofónico César Miguel Rondón como protagonista.

Rondón, presente en el Auditorio principal de nuestra universidad para un encuentro cultural ocurrido en el año 2010, compartió con los estudiantes una serísima experiencia de vida –en cierto modo similar a la experimentada por Orson Welles–:

Como comunicador radiofónico uno vive la posibilidad de que todo lo que está ofreciendo sea verosímil. La credibilidad se construye todos los días porque es lo más difícil que tiene este oficio. Y se construye todos los días, porque todos los días se puede perder en tan solo un instante (...)

Cuando ocurrió el deslave de Vargas, en diciembre de 1999, nosotros en Unión Radio teníamos en marcha un operativo destinado a cubrir el proceso electoral del Referendum nacional, para aprobar o no una nueva constitución. El proceso transcurría bajo unos aguaceros tremendos que afectaban todo el país. En un momento dado, me toca entrevistar a Enrique Mendoza, gobernador del estado Miranda, y, por supuesto, mi pregunta va en función al operativo:

-¿Cómo está el proceso?, ¿qué tal la instalación de las mesas?

En fin ese tipo de preguntas muy rutinarias.

-César, ¡qué carajo de elecciones si aquí nos estamos ahogando!

Esa la respuesta del gobernador.

Es tal la contundencia de aquel señor, dándome esa voz de alarma con los micrófonos al aire, que entiendo que está pasando otra cosa más grave e importante. Además, en esos momentos vivo una circunstancia complementaria muy particular: mi hermana que vive en Caraballeda, en el Litoral Central, me llama para decirme:

-César el edificio donde vivo se nos va a caer encima.. yo siento unas piedras muy grandes que vienen con el agua y lo van a tumbar... ¡vamos a subir a la azotea a pedir ayuda...!

Un elemento muy personal se suma al elemento público de la voz de alarma del gobernador; ambos elementos hacen que, una hora después, el operativo destinado a cubrir un proceso electoral se convierta en un operativo destinado a cubrir una emergencia nacional por el deslave producto de las lluvias.

Y así comencé hablando al aire del edificio donde estaba mi hermana, a ver si se le podía ayudar; di sus teléfonos y los de la emisora convencido, en ese momento, de que era un caso excepcional que le estaba ocurriendo a ese edificio en particular... pero al recibir las llamadas en la emisora, nos dimos cuenta de que el deslave está ocurriendo no sólo en Caraballeda, sino en Maiquetía, en Macuto...en fin, el problema del terrible aguacero era algo muy, pero muy duro.

Aquel momento del 15 de diciembre de 1999 nos llevó, pues, a convertir nuestro operativo electoral en uno de servicio público; una cosa impresionante donde la gente en medio del pavor hablaba al aire, desde todos los sectores de Caracas y del Estado Vargas. Fue en aquellos momentos cuando apareció un personaje de apellido Landaeta, que telefónicamente nos hizo ver que él estaba con sus dos hijitos en uno de esos edificios tapiados. Hablaba con mucha vehemencia y convencía a quienes lo escuchábamos. Hasta el presidente de la República lo escuchó y se involucró en ese trance que duró, entre 24 y 36 horas, aproximadamente, porque la gente de la compañía telefónica que patrocinaba mis programas, sensiblemente afectada por el caso lo investigó

y a través de su vicepresidente de operaciones me hizo saber lo siguiente:

-César, hay un problema. El celular desde donde está llamando el tal Landaeta, no está ubicado en el Litoral, sino en Catia o Caricuao, aquí en Caracas. Lo sabemos por las celdas propias de ese número celular.

Todo era mentira. El gobierno también lo había determinado por su propia cuenta.

En compañía del vicepresidente de la radio fuimos a hablar con un alto representante del gobierno para ver qué podíamos hacer. En ese momento nuestro asunto fundamental estaba en desenmascarar la mentira porque el operativo de servicio público tenía que seguir adelante con su misma capacidad de convocatoria... las diligencias al respecto continuaron, y a las seis de la tarde, momento crucial cuando estábamos haciendo la guardia, con prácticamente toda la radio venezolana sumada al operativo, tuve que decirle a los oyentes:

-Señores era mentira. Quien llamaba y nos mantenía en vilo no era un damnificado. Esto ha sido una trampa.

En aquel instante mi credibilidad quedó a prueba. Pero lo de menos estaba en ver si la credibilidad funcionaba o no; importaba, como dije, que el operativo de servicio frente a la tragedia de las lluvias pudiese seguir adelante, y para eso yo tenía que

limpiar, deslastrar todo aquello unido a la imagen de este individuo Landaeta que tanto nos había perjudicado.

Reflexionando en el momento me dije: la credibilidad se me fue al piso, pero aquí se impone la verdad... y bueno, no me lo van a creer, pero en los estudios de mercadeo posteriores –porque estas cosas las miden agencias publicitarias y encuestadoras para calibrar la efectividad de las inversiones en publicidad–, la credibilidad que tenía prácticamente se cuadruplicó por decir:

–Señores, esto es mentira y, en consecuencia, pido excusas a la audiencia.

La credibilidad, como decía al comienzo, se pelea todos los días, porque todos los días está en riesgo. La única manera de resguardarla, de tenerla, es tratar de llegar a la verdad, cosa difícilísima porque no siempre la tenemos con nosotros. La verdad tiene muchos padres, muchos dueños, muchos artífices; a veces nos beneficia, otras veces no nos gusta o resulta incomodísima, pero está allí para que el comunicador la encuentre y pueda transmitirla. Yo creo que todo comunicador debe hacer suya la frase de Jesús compilada por san Juan, el evangelista: La verdad os hará libres, y así entender que ella es nuestro instrumento más sólido como ciudadanos y como comunicadores que obligados a llegarle lo más cerca posible para transmitirla. Ese es nuestro verdadero reto.

Hasta aquí la significativa lección ética. Vamos ahora con otro importante aspecto a resaltar, ya no ligado a la credibilidad que supone la difusión de contenidos, sino al desarrollo tecnológico que en esta última década parece haber resuelto la paradoja de la fidelidad y el alcance de las transmisiones, mediante las novedosas señales satelitales y de radio por Internet. Estos contemporáneos instrumentos han dado con la panacea de posibilitar la transmisión a enormes distancias con impecable fidelidad. Internet, en particular, supone además una tecnología de costo económico y efectivo poder emisor.

Más pronto que tarde, creemos, se verán por estas calles caraqueñas vehículos de transporte público y privado sintonizando a Radio Francia, BBC de Londres o a la Radio Cadena Caracol colombiana, luego de haber atendido al resumen noticioso matutino de César Miguel Rondón en el Circuito Unión Radio, o a la programación informativa nacional de Radio Caracas Radio. Posibilidades de significativa difusión internacional tendrán los ingenios vespertinos de Ana María Simon y Érika de la Vega, de Mariela Celis y Nelson Bocaranda; también los reconocidos micros de *Nuestro insólito universo*, con libreto de Rafael Sylva y locución de Porfirio Torres; los comentarios de vida cultural caraqueña de Carolina Jaimes Branger, Yajaira Núñez o de Albani Lozada con Ramón Pasquier. Adelante y en busca de la gran audiencia hispanohablante, continuará la magnífica crónica musical de fin de semana de

Napoleón Bravo –*Gente en ambiente*–, las ondas jazzófilas de Roberto Obeso y de 95.5 fm, o la onda matutina rockera de Iván Loscher y Polo Troconis bien contrapuesta al programa salsero de “El Tigre” Rafael.

La globalización radiofónica, creemos, estará tan presente, que no sólo borrará los linderos de las señales abiertas de AM y FM cual voceras venezolanas de culturas distintas, sino que pondrá en sana competencia los contenidos difundidos por las más prestigiosas cadenas del mundo, frente a frente con señales pequeñas, comunitarias, prestas a ofrecer contenidos ingeniosos, inteligentes, de amplia valía cultural y ética.

Dentro de este real panorama de inminente globalización radiofónica, cabe una pregunta que atañe a nuestro medio universitario: ¿tiene nuestra Radio UMA posibilidades interesantes en este panorama de futuro tan inmediato? Por supuesto que sí. La radio comunitaria no solamente es cosa de una legislación radioeléctrica, ligada a señales abiertas restringidas a vecindarios específicos, es también asunto de una realidad tecnológica, educativa, universitaria, y, en cierto modo, ensoñadora. Porque nada quita que en esa categoría de radio producida por y para comunidades, siempre presta a controles legales y administrativos, pues ahora surja la señal universitaria con posibilidades de transmisión en favor de una red de radioescuchas internautas de dimensiones gigantescas, pero con requerimientos de instalación técnica absolutamente

alcanzables, distintos al aparataje de antenas y transmisores requeridos por las señales abiertas.

Una cabina de transmisión adecuada, la pertinente conexión a través de Internet, y el respeto a la ética y estética del medio de comunicación, fueron y continúan siendo los fundamentos básicos de cualquier señal radiofónica internauta de aceptable calidad. De allí ese necesario entrenamiento de productores, libretistas y locutores, precisado de manera impecable por la *National Broadcasting* de los Estados Unidos, en su cartilla de requisitos para locutores vigente en el ya lejano año de 1945, cuyo contenido fue reproducido por Robert S. Kieve en su libro *El arte radiofónico*:

Del locutor se espera que posea, en un término medio, las siguientes cualidades: buena voz, enunciación clara, pronunciación sin peculiaridades dialectales ni locales; facultad de leer bien; un suficiente conocimiento de los idiomas extranjeros para poder pronunciar correctamente los nombres, lugares, títulos, etc.; algunos conocimientos de historia musical, composición y compositores; disposición para leer e interpretar la poesía; facilidad para el discurso improvisado; aptitud vendedora en la lectura de los temas comerciales; capacidad para dominar los detalles técnicos al manejar el cuadro de mando; educación universitaria.

Tales eran y, creemos, continúan siendo las cualidades básicas que todo comunicador radiofónico -locutor

o persona de producción- debe poseer. Por ello, una buena y significativa señal universitaria, comporta pasión, disciplina, cultura, estudio y ética, cual fundamentos para que nuestros estudiantes tomen cuenta de la mejor utilización de Radio UMA, ubicada aquí mismo, a menos de una vuelta de esquina, dentro del propio campus universitario.

Toca terminar y bien podemos, de alguna forma, retornar a la esencia de lo que fue, para acaso alentar lo que bien pudiera venir. *El alma, que no puede cambiar ni oscurecer su forma*, advertía el poeta irlandés William B. Yeats, *puede en cambio, recibir las pasiones y los símbolos de la antigüedad, segura de que son demasiado viejas para ser fanfarronas y demasiado corteses para dejar de respetar los derechos de otras pasiones y símbolos.*

Ya casi luce centenaria la radio de nuestro abuelos y bisabuelos; sin embargo, firmes continúan sus esencias comunicativas y el encanto de ese "medio caliente" acertadamente advertido por McLuhan. Nuestra comunicación radiofónica, tan sólo por cumplir un siglo, ya es, parafraseando al poeta, "demasiado vieja para ser fanfarrona y demasiado cortés para dejar de respetar los derechos de otras pasiones y símbolos". Por ello que de cuando en cuando, ya para concluir, convenga retomar alguna de los magistrales guiones radiofónicos de los años treinta y darle alguna vuelta de tuerca para comprobar cómo es que todavía resuenan.

El misterio de los ojos escarlata, digamos, es una remembranza fílmica de Alfredo Anzola en memoria de su padre, Edgar Anzola, pionero de la radio nacional de los años treinta, siempre presto a producir un entretenimiento marcado por el interés en transmitir cultura mientras refinaba el gusto de la audiencia. De allí que la radionovela *El misterio de los ojos escarlata*, cuyo título inspiró el documental de Anzola hijo, consistiera en capítulos concebidos para que un grupo dispar de personajes propensos a la aventura, la intriga y el romance viajaran por Venezuela con el fin de ubicar los pedazos de un mapa que marcaba un tesoro. Tal ardid dramático de entretenimiento masivo, resultaba muy útil para dar a conocer la geografía venezolana, en tiempos cuando muchos caraqueños tenían enormes dificultades al momento de viajar al interior de Venezuela. Ese *Misterio de los ojos escarlata*, además de dar a conocer la geografía venezolana y entretener con capítulos bien escritos y mejor actuados, adicionalmente refinaba el gusto de la audiencia masiva, mediante la presentación de un tema musical de tinte clásico, la Obertura *Semirámide* de Gioachino Rossini, al comienzo y final de la emisión cada capítulo.. (**suena Obertura *Semirámide* ...**)

Locutor: El misterio de los ojos escarlata...

Original de Alfredo Cortina y Mario García Arocha, con Cecilia Martínez como *Alida Palmero*... Margot Antillano, como *Eulalia*... Edgar J. Anzola como *Herr Mulens* y el *Indio Miguel*... Francisco Fossa Andersen como el

doctor Aular... Luis Alfonso Larrain como *Jaime...* y las actuaciones de: Conchita Ascanio, Ricardo Espina y Alfredo Cortina... **(sube el tema)**

Estimada audiencia, decía el ilustre director orquestal Leopold Stowkosky: *La radio es uno de los más grandes medios mecánicos en la evolución de la mente y el espíritu. Ha realizado milagros en el pasado. Su futuro depende el grado de nuestra imaginación, visión y buena voluntad de servir, en lugar de explotar a nuestros semejantes...* Sea con esa luminosa idea como terminamos nuestra lección inaugural, ciertamente adornada por un “*Misterio de los ojos escarlata*, evocador, sorprendente y hasta emulador de aquellos tiempos cuando, como ahora, la radio en Venezuela tuvo radioescuchas pendientes de capítulos pasados, presentes y futuros que den, utilizando la cita del maestro Stowkosky, *visión y buena voluntad de servir, en lugar de explotar a nuestros semejantes...* De esta manera, hoy la voz del tiempo algo ha hablado para ustedes... Muchas gracias por su atenta y muy cordial audición...**(Obertura *Semirámide* se va en fade-out...)**

Selección de referencias bibliográficas:

- Albert, P; Tudesq, A. *Historia de la radio y la televisión*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Anda y Ramos. *La radio*. Editorial Trillas, México, 1997.
- Balsebre, A. *El lenguaje radiofónico*. Ediciones Cátedra. Madrid, España, 1994.
- Blanco Díaz, Rosa C. *Las radios comunitarias*. Ministerio de la Cultura-Consejo Nacional de Cultura, Caracas, Venezuela, 2005.
- Camacho, L. *La imagen radiofónica*. McGraw Hill Interamericana, México, 1999.
- Castellanos, Rafael. *La locución: técnica y práctica*. Panapo, Caracas, Venezuela, 1995.
- Cortina, A. *Breve historia de la radiodifusión en Venezuela*. Fundarte, Caracas, Venezuela, 1982.
- Ecuér, Gustavo. *La radio y televisión educativa*. Cultural Venezolana S.a., Caracas, Venezuela, 1976.
- Gómez, Carlos A. *Oswaldo Yepes y el Museo de la Radio*. Fundación para la Cultura Urbana, Caracas, Venezuela, 2009.
- Guzmán Cárdenas, Carlos E. *Las cifras de los medios de comunicación en Venezuela*. Fundación Empresas Polar, Caracas, Venezuela, 2006.
- Instituto Radiofónico Fe y Alegría*. La radio educativa del nuevo milenio. Caracas, Venezuela, 2002.
- Kaemper, Rick y Swanson, John. *The radio producers handbook*. Allworth Press, New York, U.S.A. 2004
- Kieve, Robert S. *El arte radiofónico*. Edepesa, Madrid, España, 1945.
- Lesma, A. *El periodismo en la radio*. Los Libros de El Nacional, Caracas, Venezuela, 2001.
- Mac Donald, D.K. *Faraday, Maxwell y Kelvin*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1964.

- Mc Leish, Robert. *Radio production*. Focal Press, fifth edición, Oxford, reino unido, 2005.
- Mc Luhan Marshall; Carpenter; Edmund. *El aula sin muros*. Editorial Laia, Barcelona, España, 1974.
- Nazoa, Aquiles. *Sencillamente Aquiles*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, Venezuela, 2010.
- Pérez Olivares, E.; De Balbín, R.; Cervigón, F. *Una visión de la Universidad*. Universidad Monteávila, Caracas, Venezuela, 2012.
- Vidal, J. *La era de la radio en Venezuela*. 2ª. Edición, Panapo, Caracas, Venezuela, 2004.
- Villamizar, Gustavo. *Teoría y práctica de la radio*. Los Libros de El Nacional, Caracas, Venezuela, 2005.
- Yepes, O. *Cuentos y recuentos de la radio en Venezuela*. Editorial Arte, Caracas, Venezuela, 2002
- Yepes, O. *Estamos al aire*. Los libros de El nacional, Caracas, Venezuela, 2002.
- Zavarce, C. *Secretos de la producción radiofónica*. Panapo, Caracas, Venezuela, 1996.

Noticia del autor

Guillermo Federico Vegas Pacanins (Federico Pacanins), venezolano, abogado egresado de la UCAB en 1977, ha alternado el ejercicio privado del derecho, con su labor de locutor, ensayista, docente y cronista musical. Productor de programas radiales, discos, conciertos y ciclos de conferencias dedicados a la música (Arranca en fa, Swing con Son, Duke en vivo, Perfiles de la música caraqueña del siglo veinte). En materia de producción de audiovisuales dedicados a la difusión cultural venezolana, se destacan *Toque a Caracas* (Universidad Nacional Abierta, 2006) y *Leo Matiz en Caracas*, documental dirigido por Alejandra Szeplaki, distinguido con el I Premio Nacional de Cine Documental, *Documenta 2007*.

En cuanto a su labor en la radio venezolana, ha sido productor y conductor de los programas *Sesión de jazz* (Radio Nacional de Venezuela, 1978-1979); *La Cuarta Noche* (1993-2003, Jazz 95.5 fm); *Pensando en jazz* (2000-2005, Jazz 95.5), *Sesión Latina* (2006-2009, jazz 95.5 fm). Actualmente tiene a su cargo la producción y locución de *Cultura Urbana* en 95.5 Play fm, un espacio dedicado a la reflexión cultural.

Colaborador permanente de las revistas *Imagen*, *Fundación Bigott* y *Complot* entre otras, sus artículos y crónicas también han sido publicados en revistas y diarios tales como *El Nacional*, *Tal Cual* y *El Mundo*. Es autor de la antología intitulada *El libro del béisbol* (Los libros de El Nacional, 1998) y de los ensayos *En defensa del melómano* (Espacios Unión, n. 27, 1999), *Jazzofilia* (Ballgrub, 1996;

Alter Libris, 2003), *Primera Persona* (Banco Industrial de Venezuela, 2003), *Tropicalia Caraqueña* (Fundación para la Cultura Urbana, 2005), *Conversaciones con Aldemaro Romero* (Fundación para la Cultura Urbana, 2006), *Orilla de Playa* (Fundación Editorial El perro y la rana, 2006), *La Mira del abogado* (bid.&co editor, 2009) y de las Biografías de *Aldemaro Romero* y de *Luis María "Billo" Frómota* (Libros El Nacional, 2009 y 2010).

Durante los últimos quince años ha escrito y propuesto al público caraqueño variadas crónicas teatrales de música y poesía (*La Canción de Caracas*, *Cuéntame de óperas*, *Retratos en Blanco y Negro*, *Broadway en Caracas*, *Puro Verdi*, *Aldemaro*, *Billo* y *Poeta Andrés Eloy*) dirigidas a la revisión de artistas y géneros dentro del devenir histórico de la ciudad. De igual forma, ha dirigido piezas teatrales de reconocidos autores nacionales para favorecer el desarrollo de nuevas generaciones de actores (*Salto atrás* de Leoncio Martínez, *Lo que Kurt Cobain se llevó* de Karin Valecillos; *Asia y el lejano Oriente*, *Tric Tac* y *Alfabeto para analfabetos* de Isaac Chocrón, entre otras).

Actualmente es miembro directivo del Centro Venezolano Americano, de la Asociación Cultural Humboldt, de la Fundación Francisco Herrera Luque y socio principal de la Librería El Buscón.

En cuanto a su reciente labor docente, es profesor en la Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información (Teoría de la radio), y en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Monteávila.

Universidad Monteávila
Final Avda. El Buen Pastor, Urb. Boleíta Norte,
Caracas, Venezuela
Teléfonos: (0212) 232-52-55 / 232-71-70
Fax (0212) 232-56-23
www.uma.edu.ve